



Querido Lucas

Cartas a San Lucas sobre la Virgen
María

Por Diego Zalbidea

Querido Lucas

Cartas a San Lucas sobre la Virgen María

Por Diego Zalbidea

Argumentos Catequesis

© Arguments Catequesis Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esa obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares. Para cualquier cuestión puede escribirnos a catequesis@arguments.es

Segunda edición: junio de 2023

Todos los derechos reservados © Arguments Catequesis

Edita: Asociación Arguments Catequesis

Arguments Catequesis

Monasterio de la Oliva 7, 2o B,

31007, Pamplona, Navarra (España)

www.arguments.es

“Nos has dado a tu Madre como nuestra para que nos enseñe a meditar y adorar en el corazón. Ella, recibiendo la Palabra y poniéndola en práctica, se hizo la más perfecta Madre”, San Juan Pablo II.

Prólogo

«**Cartas a San Lucas**» es un librito totalmente inventado por su autor. Es pura recreación imaginada. Estas cartas han sido escritas para ayudar a soñar y a rezar. Pero no se trata de aportar una hipótesis ni una posible versión de los hechos.

El autor se ha imaginado qué dirían de la [Madre de Dios](#) los que más de cerca la trataron. No ha pretendido abarcar la insuperable e inefable personalidad de la Reina de los Cielos, sino solo soñar con algunos de sus rasgos que la hacen tan atractiva y dejar que vuele el corazón.

ÍNDICE

Capítulo 1,

Las lágrimas de María - Carta de Pedro

Capítulo 2,

La imaginación de María - Carta de María Magdalena

Capítulo 3,

La memoria de María - Carta de María de Betania

Capítulo 4,

Los pies de María - Carta de Marta de Betania

Capítulo 5,

La intuición de María (I) - Carta del novio de las Bodas de Caná

Capítulo 6,

La intuición de María (II) - Carta de la novia de las Bodas de Caná

Capítulo 7,

El corazón de María - Carta de Juan

Capítulo 8,

Los ojos de María - Carta de María de Cleofás

Capítulo 9,

La sonrisa de María - Carta de Santiago

Capítulo 10,

Las manos de María - Carta de la madre del buen ladrón

Capítulo 11,

Los oídos de María - Carta de Lázaro

Capítulo 12,

El olfato de María - Carta de Tomás

Capítulo 13,

La voz de María - Carta de Gabriel

Capítulo 14,

La belleza de María - Carta de José

Capítulo 1

Las lágrimas de María

Carta de Pedro

Querídisimo Lucas:

¡Qué alegría me ha dado recibir tu carta pidiéndome que te cuente recuerdos de María, la madre de Jesús! Lo hago encantado aunque sé que mis palabras no serán capaces de explicarte lo que uno sentía cuando la veía y estaba con ella. Todavía hoy me basta cerrar los ojos y pensar en ella para llenarme de una alegría que no sé cómo explicarte. No se puede decir con palabras. Me voy a arriesgar a contártelo por carta aunque no sé si lograré expresar todo lo que siento. Soy un poco bruto, muy intenso y apasionado y este pergamino se me va a quedar corto. Un segundo con

ella vale como miles y miles de dibujos y relatos. Aunque solo la hubiera visto un instante, se me habría quedado grabada su imagen en el corazón. Es tan buena que basta un segundo para conocerla. Ella es la pura imagen de su Hijo Jesús.

Me pides que te hable de sus lágrimas. Y has elegido al mejor para hacerlo. Ya sabes que yo soy un pobre pescador y no muy letrado pero he tenido que aprender de todo, hasta a ser el primer Papa.

De todas formas, para hablarte de las **lágrimas de María** solo tengo que recordar que yo fui uno de los primeros causantes. Yo entregué a su Hijo, lo traicioné y negué que le conocía. Cuando cantó el gallo se me hizo un nudo en la garganta y me acordé de todo lo que me había dicho Jesús.

Entonces lloré y lloré, hasta que vi las **lágrimas de María**. No sabría decirte si eran grandes o pequeñas, más bien normales, como las de cualquiera. No lloraba como yo de forma desconsolada y exagerada, sino muy suavemente. Me di cuenta de que sufría mucho más que yo y que no me reprochaba nada. A pesar de que nuestros sufrimientos eran tan diferentes, me di cuenta de que ella lo comprendía perfectamente y trataba de acariciar mi corazón partido y humillado. Yo sufría por mí, por mi miseria, por mi humillación. Ella sufría por su Hijo y yo diría que también le dolía verme a mí tan desolado.

A la vez, comprendí que ella tenía paz, que aceptaba todo lo que estaba pasando y que se unía con alegría al sacrificio de Jesús. Las lágrimas iban cayendo lentamente

por su cara y me entretuve viendo cómo resbalaban en su vestido y llegaban al suelo. **Esas lágrimas sí que merecían la pena, ese dolor sí que tenía sentido, ese amor sí que valía cualquier dolor. Mis lágrimas desaparecieron inmediatamente y me vi ofreciendo a María un paño para secar las suyas, diciéndole que no se preocupara que todo iba a salir bien.** Me di cuenta (una vez más) de que soy idiota y lo demuestro mejor en las situaciones difíciles, pues sale lo mejor que tengo dentro. Siempre queriendo ir de fuerte y de que controlo la situación. Pero María dejó de llorar. Fue como si mis palabras le hubieran consolado. Me dio las gracias y se apoyó en mí como si fuera a derrumbarse. Yo la sujeté con miedo de hacerle daño pero enseguida recobró la fuerza y partió de allí con Juan hacia el Calvario.

Quise acompañarla pero no pude. **Pensé de nuevo en sus lágrimas y eso me dio fuerzas para resistir el dolor que oprimía mi corazón.** Jesús estaba siendo crucificado y yo era un cobarde, pero tenía a María. Ella cuidaría de mí. Así lo hizo y así sigue haciendo. No la he vuelto a ver llorar pero no se me va de la cabeza su imagen y sus ojos llorosos, más bonitos y luminosos que nunca. María es una fortaleza para todos, pero pensar que aquel día la consolé y se apoyó en mí es el mejor recuerdo que tengo y un refugio para los días grises o difíciles.

Bueno Lucas, ¡mucho ánimo! No lo tienes nada fácil pero todos los seguidores de Jesús te estarán eternamente agradecidos por cada palabra que escribas sobre María. No te apures que su imaginación hará el resto y comprenderán que tu pluma no puede ni siquiera acercarse de lejos a la obra maestra de Dios.

Un abrazo y gracias, de verdad, por las medicinas,

Pedro

Capítulo 2

La imaginación de María

Carta de María Magdalena

Q

uerídisimo Lucas:

¡Qué alegría me ha dado recibir tu carta pidiéndome que te cuente recuerdos de María, la madre de Jesús! Cómo me alegra que me hayas pedido que te cuente cómo es María. Lo más importante de todo es que es mi mejor amiga. Yo diría aún más, es mi madre, mi hermana y mi reina. Cuando la conocí yo estaba muy lejos, pero muy lejos de Dios. No me imaginaba lo que la amistad con María me iba a dar a lo largo de los años. Pensaba que era una amiga más, como tantas que he tenido. Me lo pasaba genial con ella. Era de esas amigas con las que siempre te apetece quedar. Siempre salía más contenta cuando hablaba con

ella. Yo diría que tenía, que tiene, una imaginación increíble.

Quizá te sorprende un poco esto. Sí, María era una mujer con una imaginación desbordante. Siempre tenía ocurrencias increíbles, sobre todo en los momentos difíciles. Por ejemplo, cuando hablábamos de otras amigas, ella nunca decía nada que no fuera una alabanza para las que no estaban presentes. Sin embargo, cuando nosotras empezábamos a hacer una crítica, constructiva por supuesto, pero crítica, ella siempre conseguía desviar la conversación de una forma inteligente y suave que nos parecía natural.

Con el tiempo nos fuimos dando cuenta de que era imposible decir dos palabras seguidas menos favorables sobre nadie. A todas nos encantaba porque nos sentíamos muy seguras si María estaba en un grupo e intuíamos que lo haría así con todas. Qué buena es. No te lo imaginas. No es posible describir lo que sentía cuando estaba con ella. Siempre daba la sensación que te estaba esperando y que no tenía nada que hacer además de estar contigo. Todas las veces que he estado con ella, infinitas, he pensado que María disfrutaba conmigo. No me ocurre esto con nadie más.

También demostraba su gran imaginación cuando empezábamos a hablar, yo no paraba, de cosas menos limpias. Cuando las amigas charlábamos a veces de frivolidades y tonterías, María cambiaba magistralmente de tema o nos hacía ver lo importantes que éramos como para rebajarnos a ser tratadas como un objeto. Qué seguridad

junto a ella, qué paz, que horizontes, cuánto amor nos hacía sentir por nuestra vida y nuestro futuro.

Sin embargo, el lugar donde María demostraba su imaginación prodigiosa era cuando nos hablaba del Mesías que iba a venir o cuando nos explicaba cómo pensaba ella que cambiaría el mundo. Parecía conocerlo personalmente, aunque todas pensábamos que era una soñadora. María soñaba despierta con devolver al mundo la paz, la alegría, la felicidad junto a Dios. Sin embargo, estaba siempre muy despierta. No vivía en las nubes. Nadie como ella se daba cuenta de las más pequeñas simplezas. Recuerdo que un día me había cortado un poco el pelo y casi nadie se dio cuenta. María lo percibió enseguida y me dijo que me quedaba genial. Hasta me pidió que se lo cortara a ella igual. Os imagináis. Ahora lo sabemos, pero antes nadie sospechaba que María fuera la madre de Dios, del Mesías. Era tan normal. Yo cortando el pelo a la Madre de Dios.

Con María no nos aburríamos nunca. Sabía un montón de trucos, chistes y juegos. Cuando nos fuimos haciendo más mayores hablábamos de otras cosas, de nuestras familias, de la opresión de los romanos, de Dios, de la llegada de la primavera y la fiesta de la Pascua, de un mercader que había traído joyas del extremo oriente, de mil cosas... María no soltaba sermoncillos, como el rabino en la sinagoga. Nunca te decía lo que tenías que hacer y nunca te dejaba mal si te equivocabas. Siempre tenía, con esa creatividad tan particular, una salida divertida y valiente para cualquiera.

Ya te he dicho que hablo mucho. Pero ya aunque podría escribir mil y mil detalles de cómo me quería María y cómo

me quiere. Sigue siendo mi mejor amiga y me ha enseñado a agrandar mi corazón. Ahora caben muchas más personas y las quiero más, gracias a María. Ella me ha hecho descubrir horizontes increíbles para mi pobre vida. Con ella he aprendido que mi corazón no tiene fronteras y que en él cabe Dios, y por eso caben todos los hombres y todas las mujeres de la tierra.

Bueno Lucas, espero que me mandes un ejemplar dedicado de tu libro. No temas decir cosas demasiado bonitas. Todas se quedarán cortas hablando de María. Un saludo y paz para ti y todos los tuyos.

María Magdalena

Capítulo 3

La memoria de María

Carta de María de Betania

Querídisimo Lucas:

¿Cómo estás? ¿Qué es de tu vida? ¡Cuánto tiempo sin saber de ti! Me ha ilusionado un montón recibir tu carta y sobre todo lo que cuentas de María, mi tocaya. Cuánto la echo en falta. Esta era su casa y venía cuando quería. Aquí estaban su familia y su hogar. Se sentía muy a gusto con nosotros y se notaba que le encantaba venir.

Jesús y María han sido, y son, para Lázaro, para Marta y para mí parte de nuestras vidas, lo más importante diría. Algunos dicen que le queremos tanto porque resucitó a Lázaro, pero todo viene de mucho más atrás. Yo ya conocía

a María de pequeña y ninguna de las dos hemos olvidado lo bien que lo pasábamos. María tiene mucha memoria para algunas cosas y muy poca para otras. Sus cosas se le olvidan con frecuencia. No diré que es desordenada pero para lo personal no tiene un registro muy logrado. En cambio, de mis cosas se acuerda tanto que a veces me pregunto si sabe las cosas porque Dios le comunica algo de su inteligencia o por pura memoria.

Al final siempre me acabo convenciendo de que la memoria de María tiene mucho que ver con lo sensible que es. Cualquier cosita insignificante causa en su corazón una huella profunda. El más mínimo detalle no le pasa desapercibido. Sin embargo, parece que no hace ningún esfuerzo por retener algunos sucesos dolorosos o que podrían significar un descuido o indelicadeza con ella por nuestra parte.

Pero esto es teoría. Déjame que te cuente tres cosas. El doce de Tishrei es mi cumpleaños. En todos estos años siempre se ha acordado y se las ha ingeniado para enviarme algo. Algunos años, si podía, venía ella en persona a pasar esos días conmigo. Cuando ya eso no fue posible, siempre me mandaba con algún conocido algún detalle: un manto bordado con mi nombre, una bufanda para el invierno, un mantel o un collar labrado en madera por José, su esposo. Sabe perfectamente cómo acertar y lo consigue siempre. Parece increíble pero yo algunos años no me he acordado del suyo. Sí, ya sé que pensarás que soy tonta. Yo también lo pienso con alguna frecuencia. Cuando luego le pido perdón, ella le quita importancia y me dice que tengo suficientes cosas en la cabeza como para andar pendiente de ella. Y me lo dice con el corazón, veo que no

es un cumplido. Ella no me mentiría, y menos con eso. Yo le creo y me quedo muy tranquila.

María tiene una debilidad y es que sabe perfectamente lo que le gusta a cada uno. Por ejemplo, sabe que yo odio la sopa de gallina y no puedo ni ver la mermelada de naranja. Nunca me ha puesto eso para comer cuando he ido a su casa. Por el contrario, siempre encuentro los mejores higos, las calabazas más sabrosas y el pescado más fresco en su casa. Sé que ellos no comen esas cosas salvo en las fiestas. María me hace sentir que mi visita es una fiesta para ella y la veo disfrutar cuando saca la comida y ve cómo mis ojos se quedan como platos. No es que yo solo piense en comer, faltaría más, pero es que pone todo con tanto detalle... Se acuerda, debí contárselo aunque hasta yo lo había olvidado, que mi madre hacía un dulce con manzana y miel. Nunca falta en sus paquetes ni en su casa si la visito, aunque sea por sorpresa.

No te quito más tiempo que tendrás que trabajar mucho pero es que no quiero olvidarme de lo rápido que se olvida María de ciertas cosas. Una vez, una amiga común me dijo que María era una ingenua, que parecía tonta, que no conocía a la gente y que así sería una desgraciada. Yo cometí el error de contárselo y ella no se enfadó sino que la disculpó totalmente y me dijo que esa amiga seguramente estaba sufriendo. Luego me di cuenta, antes ni me lo había imaginado, que María sabía perfectamente lo que le pasaba y no le reprochaba que dijera eso, al revés. Vi cómo la trató la siguiente vez que nos encontramos con ella y el beso y el abrazo que le dio y comprendí que ya no se acordaba de lo que yo le había contado.

En fin, Lucas, ya me contarás qué tal avanzas. Mucho ánimo, ya me imagino que a ella no habrás conseguido sacarle nada de estas cosas. Si le hubieras preguntado por cualquiera de nosotros, habrías tenido material para escribir libros y libros, pero eso no interesa. Espero que lo que te cuento sirva para tu libro. Gracias otra vez por todo, de verdad, y si puedes mandarnos un poco de aquel jarabe de jengibre que tanto ayudó a Lázaro con la tos, el Señor te lo pagará. Un saludo y la paz,

María de Betania

Capítulo 4

Los pies de María

Carta de Marta de Betania

Querídisimo Lucas:

Ya me ha dicho María mi hermana que nos habías escrito. En realidad, ella es la que mejor te puede explicar todo. A mí siempre me había dado un poco de envidia cómo trataba a Jesús y a su madre.

Sin embargo, con el tiempo he comprendido que a mí me querían más. A mi hermana no se lo puedo decir, porque se pone como una pantera pero, de verdad, a mí me quieren de una forma muy especial. Yo no sé si es más o menos. Estas dos palabras, más y menos, no sirven para hablar de amor y de cariño. Si se quiere más a otra persona entonces

no se ama de verdad a la primera. El amor exige que cualquier relación sea única e irrepetible y así es como yo me sentía tratado por María.

Perdona que te hable de mí, pero es para que entiendas lo que quiero contarte de ella. Yo soy muy práctica, no me puedo estar quieta ni un minuto. En cambio, mi hermana María está un poco en las nubes, es muy creativa y siempre tiene ideas brillantes y luminosas. A mí me gusta más tocar la tierra. Esto es lo que hay. Me gusta ser realista. No soñar con que las cosas podrían ser diferentes, si no aceptar lo que hay y tratar de llevarlo lo mejor posible.

Por eso la madre de Jesús, me parece increíble. Ella es capaz de hacer las dos cosas y vivir de ambas formas a la vez con paz, disfrutando de cada instante. Es realista y práctica, y a la vez, profunda y sensible. No sé cómo lo hace compatible pero en ella no son dos cosas diferentes. Yo me paralizaba cuando la veo tan sonriente mientras sirve. Es capaz de tener los ojos fijos en su Hijo y no quejarse por la cantidad de trabajo. Por eso quiero hablarte de sus pies. Nunca estaba quieta tampoco. Cuando yo quería adelantarme a servir a Jesús, siempre estaba ahí por si necesitaba algo. Siempre en pie, como luego junto a la Cruz de su hijo.

Ella me ha enseñado que puedo demostrar mucho cariño con cosas muy materiales y pequeñas. Es más, que hay mucho más amor a veces en esa forma querer. Es más silenciosa, menos aparente y mucho más libre. No es tan directa y a mí me va mejor porque yo soy de tragar y poner buena cara. Me cuesta mucho decir las cosas, hasta que reviento. Entonces sí, como aquel día en Betania, que me

atreví a quejarme ante Jesús, el Mesías, de todo el trabajo que tenía.

Tendrías que haber visto el salto que pegó María, cómo se puso en pie, y le dijo a Jesús: Deja, yo le ayudo. Sonriente, le quitó hierro al momento y me pasó su brazo por mi hombro para acompañarme a la cocina, mientras me decía: ven hija que tienes toda la razón, pobre criatura, te hemos dejado sola. Allí me derrumbé. Empecé a llorar como una niña. No sabía por qué había sido tan estúpida de quejarme de lo que más me gusta en el mundo. Ella me consolaba y me decía que Jesús estaba encantado en nuestra casa y que eso era culpa mía sobre todo. Que debía alegrarme porque mi hermana también había encontrado su forma de querer a Jesús, y que él nos quería a cada una con toda la divina locura de su corazón. Me secó las lágrimas con su manto y no te puedo explicar lo que sentí porque ni yo misma sé lo que sucedió. Fue muy rápido. Me invadió una gran paz y comprendí que a Jesús, el Hijo de Dios vivo, le gustaba mucho estar en mi casa, cenar con nosotros, comer mis guisos (y mis croquetas) y descansar pacíficamente en casa de amigos de verdad. Supe que Dios era feliz gracias a mí y esa convicción me hizo sentir la mujer más satisfecha del mundo. Llenó mi corazón de un gozo y una paz que hacen que hoy no pueda acordarme de ese momento sin ponerme risueña y optimista.

Los pies de María siempre están preparados para salir. Siempre está en posición de salida. Es muy difícil verla parada y distraída. Siempre juguetea con sus alpargatas, muy gastadas pero preciosas. Tiene un 37 pero da unas zancadas que le hacen llegar a cualquier lugar enseguida. Parece que no toca el suelo pero en realidad no se despega

de él en ningún momento. Yo diría que no le pesa la vida, ni el día, ni las horas, ni su cariño por nosotros. Es ligera al andar, no hace ruido, y nunca da golpes.

Bueno Lucas, ya ves las bobadas en que nos fijamos las mujeres, pero esto es lo que hay. María es un encanto. Siempre parece que está de fiesta. Todo parece muy sencillo junto a ella. Las dificultades se superan, los problemas se hacen sencillos y las soluciones son evidentes. Si vas a decirle un piropo, sus pies ya se la han llevado a otro lugar donde servir.

Aunque ya te lo ha recordado María, no te olvides, por favor, del jarabe de jengibre para Lázaro. A veces se piensa que es inmortal y no se abriga cuando sale a la calle en invierno. Nunca va a aprender, esto es lo que hay. Un saludo muy grande a todos y gracias, de verdad,

Marta de Betania

Capítulo 5

La intuición de María (I)

Carta del novio de las Bodas de Caná

Q

uerídisimo Lucas:

Me dice mi mujer que te escriba ya, que no lo deje para más adelante. Tiene toda la razón. Yo no tengo nada que objetar. No se me ocurre hacerlo casi nunca y cuando lo hago siempre vuelvo a hacer el propósito de no repetir la experiencia. Me pides que te hable de la intuición de María. Algo de eso sé.

Lo que tengo que contarte sucedió en un período muy concreto de nuestras vidas, hace ya bastante tiempo, pero era para nosotros un momento de los más importantes: el día de nuestra boda. Lo habíamos soñado durante tanto tiempo. Mi novia, hoy mi mujer, y yo estábamos

disfrutando de esas primeras horas de esposos con toda nuestra familia. Yo no podía creer que todo fuera realidad. La mujer que siempre había deseado era mi esposa y la veía feliz y guapísima, entusiasmada con que yo fuera su marido.

Entre los invitados de la boda estaba María, la madre de Jesús. Ella nos ha cuidado desde el primer momento como si fuera nuestra madre. Le dio a mi esposa un montón de paz en los preparativos e incluso le dejó algún vestido precioso, muy sencillo, pero digno de una Reina.

Su intervención aquel día arregló lo que podría haber sido un fracaso tremendo. Intuyó lo que pasaba antes que nadie. Se nos había acabado el vino por mi culpa, aunque nunca lo he llegado a reconocer. Era un auténtico desastre y no había forma de solucionarlo. Le eché tímidamente la culpa a mi mujer. Le dije que me tenía que haber avisado antes, pero ni yo mismo creía mis palabras. Le ataqué, como suelo hacer cuando me siento acorralado, y le dije que ella debía cargar con la responsabilidad y arreglarlo. Vi su cara de desesperación, aunque no me reprochaba nada. Eso me rindió y admití que no tenía ni idea de qué podíamos hacer.

Entonces mi mirada se cruzó con la de María, que se hizo cargo de lo que pasaba en un instante. Se acercó a ella y le hizo un gesto con la mano para que le dejara actuar. Susurró algo al oído de Jesús y empezó el «baile». Los criados salieron de la sala y regresaron muy pronto con unas tinajas. Yo no entendía nada. Iba a pararles para que no llevaran el agua por ahí. Me parecía una vergüenza que ofreciéramos agua en lugar de vino. Entonces María me

puso su mano en mi hombro y me dijo: Tranquilo, Jesús se encarga. Ya verás qué maravilla. Déjale a él y disfruta.

Y de repente me llegó el aroma de un vino añejo, con poso, un buen reserva. Fue como un momento de paz en medio de la angustia. Vi como el encargado tomaba un vaso y lo llenaba de un vino de color intenso. Lo probó y le cambió el aspecto de la cara. Se dibujó en su rostro una sonrisa de satisfacción y se abalanzó sobre mí para abrazarme mientras me felicitaba por el vino: «Qué bribón, te lo tenías guardado para el final, eh?». No entendía nada. Miré a mi mujer y ella parecía encantada. Tampoco en ese momento me reprochó nada, ni me hizo ver lo idiota que yo había sido. Sin embargo, yo lo entendí perfectamente. Ella estaba entusiasmada mirando a María.

María era así. Nadie le había dicho nada pero ella lo sabía. Para ella, ese detalle, era más importante todavía que para nosotros. Era su vida. Con el tiempo hemos sabido que tuvo que convencer a Jesús. Así son las madres y así es mi mujer. Qué buena maestra ha tenido. Hoy es el día en que se repite continuamente la escena. Yo la lío, no llego a tiempo, provocho desastres y ella siempre llega antes, sin que nadie se dé cuenta. Muchas veces ni yo llego a descubrir que he vuelto a meter la pata. Ella no me lo restriega. Esta ahí para solucionar, para dar paz, para quitar hierro, para intuir lo que necesito, para quererme como soy.

Bueno Lucas, he acabado hablando de mi mujer pero es que no sabes cómo agradezco que María y ella fueran tan amigas. Se han hecho inseparables y mi mujer disfruta aprendiendo de María cómo ser esposa y madre. Yo, como

siempre, soy el gran beneficiado. ¿Qué he hecho para tener no uno, sino dos ángeles como ellas cuidando de mí? Gracias mil por todo lo que estás haciendo. No es fácil escribir sobre María. Seguro que te quedas corto, pero no te preocupes, la imaginación y el cariño harán el resto. Un abrazo muy fuerte y gracias de nuevo,

Jacob

Capítulo 6

La intuición de María (II)

Carta de la novia de las Bodas de Caná

Querídisimo Lucas:

Vaya cuento que tiene mi marido. Es un poeta pero no sabe hacer la «O» con un canuto. Quizá esa sencillez me hace quererle más. Voy a ir al grano. Yo soy un poco más práctica.

María no es que sea rápida, es que es la velocidad de la luz. Aún no han pasado las cosas y ya se ha dado cuenta. Es pura intuición. Ata cabos y acierta siempre, siempre, siempre. Somos muy amigas aunque me saca unos añitos. Siempre sabía lo que estaba pensando, lo que no me atrevía a decir, lo que necesitaba. Así fue con cada uno de los

preparativos, con la boda, y con mil detalles desde entonces. Siempre atenta, siempre observando, siempre delicada. No es curiosidad. Es verdadero interés, pasión diría yo, por mis cosas. Habla de ellas como si fueran suyas.

Nunca se le escapa nada, nunca se olvida de nada, nunca hay que recordarle nada. Es encantadora. Siempre se acuerda de mis aniversarios. A pesar de la distancia, siempre percibe mis temores. La pregunta que más le hago es: ¿quién te lo ha dicho? Nadie. Ella lo ha intuido. Por eso me siento segura, por eso disfruto con ella, por eso soy más natural cuando estoy con ella. No me da miedo ser como soy. No me inquieta mi imagen cuando ella me mira: siempre me ve guapa. Siempre algo le llama la atención, aunque yo lo esconda.

Cada vez que excepcionalmente me pongo algo recién comprado o tejido, María es la primera que se da cuenta. Cada vez que me corto el pelo, María lo descubre. Es una maravilla. No hace falta explicarle las cosas. Incluso yo que no tengo facilidad de palabra, sé explicar lo que me pasa cuando le hablo a ella.

Les he contado mil veces a mis hijos lo que hizo María aquel día y les encanta escucharlo. Muchas noches cuando se van a dormir me piden que les cuente el milagro del vino. No se cansan de oírlo. Yo tampoco me canso de recordarlo. María nos trajo el mejor vino que hizo nuevo nuestro amor y lo llenó de alegría. La más pequeña siempre pregunta: ¿Cómo se dio cuenta? Todavía no he logrado convencerla con ninguna de mis respuestas.

Bueno Lucas, había prometido no extenderme pero es imposible. María daría para libros y libros y libros y aún así no habríamos dicho nada comparado con la realidad de lo buena que es. Un abrazo y disfruta con este reto que tienes,

Miriam

Capítulo 7

El corazón de María

Carta de Juan

Querídisimo Lucas:

¡Qué callado te lo tenías! Vaya suerte estar con María y poder escribir sobre ella. Yo creo que no me atrevería aunque ya nunca digo lo que no voy a hacer jamás, porque Dios me juega siempre muy buenas bromas con estos temas.

Una carta me da mucho miedo, ya sabes cómo andan las redes, y cualquier cosa puede malinterpretarse. Escribir algo sobre María es quedarse corto seguro. Todo lo que se diga es poco y ni con estas advertencias creo que será suficiente. De todas formas, me siento tan privilegiado por

haber podido cuidar de ella todos estos años que tu petición me obliga a hacer un esfuerzo.

Encima me pides que te cuente cómo es **el corazón de la madre de Jesús**. Vaya papelón, aunque bien pensado quizá sea lo más fácil de explicar. María es muy sensible, tiene un corazón inmenso. No se ve pero se siente cuando uno está con ella. Notas que se hace cargo de todo perfectamente. Es como si ella te conociera de toda la vida.

A la vez, como percibes que es sensible, comprendes que cualquier cosa le afecta un montón. Esto hace que yo tratara de cuidarla y de darle todo el cariño que podía, cosa que siempre me parecía poco.

Sin embargo, la madre de Jesús, me empujaba mucho a salir de mí mismo. Cuando estaba con ella (ahora también me acompaña de otra forma), solo pensaba en cuidarla y llenar ese corazón tan grande. Me sentía útil, generoso, servicial. Me olvidaba de lo mío porque ella me llenaba el corazón y lo vaciaba de mí. Con María cerca era capaz de cosas que nunca me hubiera imaginado. Todos piensan que yo fui a la Cruz porque estaba muy cerca de Jesús, pero fue María la que me llevó allí. Me bastó verla pidiéndome ayuda para no pensar en el miedo que tenía.

Así era y es María, parece que pide y en el fondo está ofreciéndote todo su corazón. Te pide que lo llenes y eso hace que salgas de ti mismo. Ante un corazón así no hay quien se resista. Nunca antes había pensado estas cosas y escribirlas creo que me va a hacer mucho bien. [Estoy pensando escribir algunas cosas que veo que los demás no tratáis al hablar de Jesús y de su madre.](#)

Bueno Lucas, cuídate. Ya sé que con esto no te doy ni para un párrafo pero en el fondo sabes que todo se puede resumir en el amor, así que tampoco me pidas imposibles.

Un abrazo muy fuerte y da recuerdos a los de Antioquía,

Juan

Capítulo 8

Los ojos de María

Carta de María de Cleofás

Querídisimo Lucas:

¡Cuánto tiempo sin verte! Estarás hecho ya un joven médico, pero como yo te he conocido en los brazos de tu madre no te preocupes que no me impresionan tus medicamentos y tus pócimas...

¿Cómo es que te ha dado ahora por escribir? Si te soy sincera, muchas veces he pensado que **alguien tendría que recoger todo lo que hemos vivido en estos años para que no se pierda**. Los que vengan detrás no nos van a perdonar el más mínimo detalle que se quede en el olvido y por eso, escribirte unas letras contándote cómo son **los ojos de**

María es para mí una alegría inmensa y me siento una privilegiada.

No sabría decirte de qué color son los ojos de María, ni si son grandes o pequeños, oscuros o claros, enclavados en el fondo de su rostro o saltones. Parece mentira pero te puedo decir muchas otras cosas y, sin embargo, no sé concretarte ninguna de estas. Quizá es que los ojos de María cambiaban en función de lo que miraba, o mejor todavía, puede que los ojos de María te hicieran contemplar lo que ella acariciaba con su mirada.

Parece que la estoy viendo entornar los párpados y observarme con esa sonrisa pícara que tiene, haciéndome ver que se da dado cuenta de un detalle. Nada se le escapaba. Aún lo más mínimo lo descubría sin que te dieras cuenta. Sin embargo, nunca te sentías vigilada por María. Era tan discreta, que parecía que sus ojos acarician todas las cosas, especialmente los corazones sufrientes como el mío. Sí Lucas, creo que he nacido para la «intensidad». Solo María conseguía mirarme y que mi alma encontrara un poco de paz. Solo ella sabe mirar sin juzgar, comprendiendo, haciéndose cargo inmediatamente, diciendo lo que nadie sabe decir.

La mirada de María nunca se podría traducir por un «no te preocupes, hija, que eso es una bobada». Cuánto dolor han causado esas palabras a lo largo de la historia y qué mal las entendemos siempre. Sin embargo, eso es lo que transmitían. Bajo su mirada, las cosas pierden intensidad. A sus ojos, todo es más comprensible, más proporcionado y menos dramático. Parece que sus ojos transmiten esperanza. Se diría que ella está mirando el futuro y te

cuenta que el final de cada historia, también esa, será precioso.

Lo he hablado mil veces con las otras Marías y con Marta. María es muy normal pero junto a ella te sientes segura. Puedes estar en medio de una situación difícilísima pero ella transmite la confianza de que todo saldrá bien. Tuve la suerte de [acompañarla al Calvario cuando murió su hijo y en ese momento su mirada era más profunda que nunca](#). Parecía que miraba detrás de la Cruz, más allá, al cielo, y que veía algo que sin ahorrarle las lágrimas las llenaba de esperanza.

María llora mucho, pero no es llorona. [Muchas veces caen lágrimas de sus ojos, aunque no solloza](#). El color de sus ojos se realza, se hace entonces brillante, diría que es resplandeciente, precioso. Ya dirás que esto son cosas de mujeres pero sé que vosotros también sabéis ver estos detalles y que os fascinarían sus ojos.

Te voy a decir una cosa, que además de parecerte hortera e infantil, me dirás que no entiendes: ya me lo imagino. No te culpo, porque tú siempre has sido más bien calmado y racional: tú te lo pierdes. Cuando María te mira, es como si vieras tu corazón reflejado en sus ojos.

Sabes perfectamente que te conoce, que se hace cargo y que trata de llevar por ti tu dolor, tu preocupación o tu alegría. Pero esa mirada hace que cambie poco a poco tu ánimo, y que te llenes de paz y de los mejores deseos. Es como si hiciera brotar una fuente de agua limpia, fresca y revoltosa desde lo más profundo. Después de estar con María siempre tengo ganas de vivir, de reír, de cantar y

parece que se me olvidan todas las tonterías que habitualmente me preocupan.

Bueno Lucas, no dejes de estudiar y no te fíes de todos tus éxitos como médico, que ya sabes que estamos en manos del Señor. No te preocupes de poner por las nubes a María. Siempre será poco lo que escribas en comparación con la realidad. Puedes atribuirme todas las exageraciones, si eso te da paz. Un abrazo muy fuerte y que el Señor te bendiga por lo que estás haciendo,

María de Cleofás

Capítulo 9

La sonrisa de María

Carta de Santiago

Querídisimo Lucas:

¡Vaya impresión saber que estás escribiendo algo sobre María! No lo había pensado jamás y sin embargo, tengo ya tantas ganas de leer lo que puedas recoger... Me parece la mejor idea que has tenido en tu vida. No quiero decir que el resto no sean acertadas, pero estoy seguro que de esta no te arrepentirás. María es un pozo sin fondo.

Me pides que te hable de su sonrisa. Nada más fácil y nada tan complicado a la vez. Creo que podría decir que María

sonríe permanentemente. También a veces se ríe y su risa es muy contagiosa, llegando incluso a la carcajada, pero lo más corriente es que sonría suavemente. Se le arrugan un poco las mejillas y si te fijas bien puedes ver que sus pómulos tienen un poco más de color que el resto de su cara. Es como si se estuviera acordando de algo bonito o divertido. Creo que la alegría le recuerda inmediatamente a Jesús y lo feliz y alegre que era, que es, Él.

Cuántas veces María me ha desarmado con esa sonrisa. Yo, que me enciendo en medio minuto con las cosas más variadas, me quedaba desprovisto de argumentos cuando trataba de hacerle comprender lo tremendo o lo trágico que era algo que me había sucedido.

Ella nunca me dijo que no me preocupara, o que lo que le contaba era una bobada sin importancia. Al revés, parecía creermle a pies juntillas todo lo que yo le decía, e incluso se asustaba ante los relatos que le hacía. Sin embargo, siempre tenía una salida y me despedía con su sonrisa. Me hacía entender que se hacía cargo y que todo saldría bien, tarde o temprano.

Mientras tanto, ella me aseguraba con su sonrisa, que me acompañaba, que yo no estaba solo. Qué paz verla sonreír en situaciones tan difíciles, tan tensas, tan incómodas. María no era nada ingenua, se daba cuenta de los problemas como yo no he visto hacer a nadie. Se hacía cargo de las mínimas circunstancias muchas veces antes que el propio interesado. Sin embargo, nunca aparentaba saberlo todo, o controlar la situación. Jamás se pavoneaba de estar enterada de algo que los demás descubríamos.

María me ha ayudado mucho a reírme de mí. Ella nunca se río de mí, aunque sí hizo que yo me riera mucho y cuando lo conseguía se unía a mi risa, incluso a mis carcajadas. Podría decir que tuvimos varios ataques de risa conjuntos.

Siempre tiene una salida muy divertida cuando yo me bloqueo, cosa que sucede con frecuencia. Lo hace con naturalidad y de esa forma no te sientes imbécil, aunque lo seas y quizá estaría bien que alguien te lo hiciera ver. Seguro que no va a ser ella. María usa otros caminos, otras formas, otra delicadeza.

Nunca he tenido la sensación de que María se riera de mí, pero muchas veces la he visto reírse, morirse de risa conmigo.

Aunque María esté agobiada, seguro que a veces le ocurre, no desaparece nunca su sonrisa. Aunque María haya llorado, cosa que sucede con frecuencia, su sonrisa lo cambia todo: desaparecen las nubes, los problemas, el miedo, ... todo pierde mucha importancia junto a la sonrisa de María. Mejor dicho, todo adquiere una verdadera e inmensa relevancia junto a sus ojos.

Bueno Lucas, no quiero agobiarte con mis relatos. Ya me avisarás cuando tengas todo listo para que pueda leerlo. Un abrazo muy fuerte y cuídate mucho,

Santiago

Capítulo 10

Las manos de María

Carta de la madre del buen ladrón

Querídisimo Lucas:

Cuánto tiempo he buscado este hueco para escribirte con calma lo que me pides. No tengo ninguna excusa para no haberlo hecho antes. Ya sabes que me lío con lo más sencillo y termino haciendo todo siempre al final y corriendo.

María es la mejor alumna del Maestro. Me atrevería a decirte que, en parte, ha ido por delante de Él. Me pides que te cuente cómo son sus manos. Son sobre todo pequeñas. Yo la conocí en el Calvario. Nunca antes la había visto. Debimos de subir a aquel lugar tremendo más o

menos a la vez, pero no recuerdo haberme fijado en nadie más que en Dimas mientras subíamos. Coincidimos allí por una suerte parecida. Las dos teníamos a nuestro hijo clavado en una cruz. Sin embargo, había una diferencia abismal. Mi hijo era culpable, y el suyo absolutamente inocente. Mi hijo habría usado, si pudiera, sus habilidosas manos de ladrón por librarse de aquel tormento. En cambio, el suyo las tenía clavadas al madero porque no quería separarse de la Voluntad de su Padre. Yo estaba desesperada y María, aunque lloraba y sufría tanto como yo, parecía llena de esperanza.

Entonces sucedió lo que nunca olvidaré. María puso su mano en mi hombro al llegar al Calvario. Me abrazó y entonces sentí que el suelo desaparecía debajo de mis pies. Al llegar a la cima y contemplar semejante crueldad casi me caigo para atrás, pero María me sostuvo con sus manos. Inmediatamente me sucedió algo que no he sabido nunca explicar con coherencia. Al ver su mano sobre mi hombro me derrumbé. Ella me sostenía pero yo no pude más. Había estado procurando ser fuerte hasta ese momento. Tenía un nudo en la garganta desde que oí la sentencia que condenaba a mi hijo. Con frecuencia me costaba hasta respirar, pero no se lo había dicho a nadie. Sentía como un peso que me oprimía los pulmones y se me clavaba en el corazón. Había tratado de sostener a mi hijo y de darle fuerzas pero en ese momento me vine abajo.

Alguien me ayudaba, yo no lo había pedido, y me sentí pequeña. Descubrí la necesidad que tenía de que alguien me consolara. Me urgía que alguien me dijera que mi hijo no era un criminal, que los jueces del mundo no conocen el corazón de los hijos, y que yo no era culpable de lo que allí

sucedía. Me pesaba tanto haber sido una mala madre para Dimas, no estar a la altura, no dar la talla. Su mano me puso delante de todos mis peores miedos pero liberándome de ellos. Me vi pequeña pero también comprendí que María, estaba allí en mi misma situación.

Sus manos lo decían todo. Eran pequeñas, suaves, con los dedos largos. No eran las manos de una princesa. María había limpiado muchas veces la ropa y habría amasado el pan con toda seguridad. Eran manos curtidas, aunque preciosas. Eran las manos de una Reina. Me fui dejando caer y María me sostuvo con sus diminutos pero fuertes brazos. Me sentí sostenida, como en el aire, con infinita dulzura. Mi vida y la de mi hijo ya no me pesaban. María me sostenía, no había razón para irse al suelo. Ella me levantaba, me decía que no éramos culpables ninguno, ni Dimas, ni yo, ni nadie. Que el único culpable había querido ser Jesús, su Hijo, y que iba a liberar a todos de sus pecados.

Nunca he comprendido cómo unas manos tan pequeñas pueden dar tanta seguridad. María es más baja que yo, pero me sostuvo. Sus manos me levantaron, me dieron nuevas fuerzas pero sobre todo me devolvieron la esperanza y la ilusión. Dimas era un buen hijo y yo una buena madre. Los dos nos habíamos equivocado muchas veces. También su padre, que en paz descanse, confundió muchas veces el cariño y la libertad. Pero María me hizo olvidar todo eso. Me hizo recordar tantos sacrificios y tanto amor escondido por él como había en mi corazón.

Gracias a que me sostuvo, pude oír que Jesús le prometía a Dimas que lo llevaría esa misma tarde al Paraíso. En eso

momento, yo estaba segura de que ya me encontraba allí. De repente, vi que María también necesitaba que yo la sostuviera. Éramos como dos naipes que se apoyan uno en otro. Yo nunca he tenido mucha fuerza pero el Señor me dio la suficiente para agarrar a María que se desplomaba. Me parecía increíble que ella me hubiera confortado segundos antes. Estuvimos así todo el tiempo que duró la agonía de Jesús y de Dimas. Entrelazadas nuestras manos, hombro contra hombro, sin hablar ni mirarnos pero compartiendo totalmente nuestro sufrimiento y el de ellos. La muerte de Dimas, toda su vida, tenían ahora un color diferente. Seguramente yo no había sido la mejor madre pero Jesús lo había convertido en el mejor hijo y lo llevaría esa misma tarde a disfrutar del Cielo para siempre. ¡Qué más puede pedir una madre! Bueno Lucas, ya me dirás si necesitas algo más o con esto es suficiente. Un saludo muy cariñoso y cuídate mucho,

La madre de Dimas

Capítulo 11

Los oídos de María

Carta de Lázaro

Querídisimo Lucas:

Me siento un poco aturdido por tu carta pidiéndome que te hable de María.

Marta y **María**, mis hermanas, me han vuelto a decir lo de siempre: que soy tonto. Yo he terminado por creérmelo aunque no se me sube a la cabeza. Dicen que yo era el preferido de María, la madre de Jesús, y que no me doy cuenta, que estoy en la parra: «Estás empanado, Lázaro, despierta de una vez».

Yo no entiendo mucho porque María me ha elegido a mí pero ellas estoy seguro de que no mienten, al menos a

propósito. Ni mi salud ni mis talentos han despertado nunca la envidia de nadie. Esto, aunque no lo parezca, es una ventaja. Solo María parecía entusiasmada conmigo.

Nunca he visto a nadie dar las gracias como ella. No sé qué tiene pero te hace sentir lo más importante del mundo. Cuando estoy con ella me vengo arriba. Sin ella no soy nada.

Me dices que te hable de sus oídos, de sus pequeñas orejas. Muchas veces me he preguntado porque eran tan pequeñas y, a la vez, podían escuchar hasta los susurros más suaves. A veces tenía la sensación de no haber dicho algo, sino solo haberlo pensado y ella parecía que lo había oído perfectamente. Me miraba con su sonrisa amable y pícaro, haciéndose cargo como nadie en el mundo.

María siempre escuchaba cuando alguien llamaba, cuando alguna pedía ayuda desde la cocina, cuando yo no conseguía dormir. Muchas noches aparecía de madrugada en mi habitación para traerme una manzanilla. ¿Cómo sabía que estaba despierto? Oído de madre.

Además, María es la persona que más escuchaba de todas las que conozco. Se quedaba con todo lo que le decías, recordaba hasta el más mínimo detalle, aunque estuviera cosiendo y le habías interrumpido. Todo le interesaba, si era parte de mi vida. Hasta las bobadas que no puedo ni contar a mis hermanas, [a ella le hacían reír](#).

En cambio a ella no se le oía. Cuando caminaba, nunca se hacía notar. Las puertas las cerraba tan suavemente que ni

te dabas cuenta de que había salido. No le he oído levantar la voz nunca. Era muy dulce. En el fondo, no se imponía.

Siempre estaba a la escucha. Todas tus palabras se quedaban, eso se nota, **guardadas en su corazón**.

Cuánta paz me daba hablar con ella. No me solía decir nada: simplemente me escuchaba, me atendía, me comprendía y me acompañaba.

Salía siempre «solucionado», mis problemas se disolvían en sus oídos aunque no me dijera más que un «pobre, qué mal lo has tenido que pasar». Quería tenerla siempre cerca.

Muchas veces siento, incluso ahora, que me escucha aunque yo no hable. Es como si escuchara mi corazón y oyera cualquier palpitación. Tú, querido Lucas, debes saber de esas cosas del pulso y la tensión. María parece que la adivina.

Bueno Lucas, cuando pases por aquí no te olvides de traerme las hierbas esas que me ayudan tanto a dormir bien. Cuídate y gracias por lo que estás haciendo.

Nunca te lo podremos pagar. Un abrazo fuerte de tu amigo y paciente,

Lázaro

Capítulo 12

El olfato de María

Carta de Tomás

Querídisimo Lucas:

No me siento muy capaz de lo que me pides. No soy un hombre de letras sino más bien de acción, sin exagerar, por supuesto. Tienes suerte de que has dado con la clave de lo que yo pienso de María. Efectivamente su nariz es judía de primera clase. Es verdad que eso se asocia habitualmente con el tamaño. Sin embargo, en María era tan proporcionada que no diría que era grande. Lo que sí era desproporcionado era su olfato.

Su casa olía siempre a fruta recién cogida, tomillo y hierba buena. Pero lo más sorprendente era su capacidad de detectar problemas y ofrecer soluciones.

Me he hecho famoso por no llegar a tiempo [el domingo de Resurrección](#). Estaba aterrado y bloqueado sin poder moverme por el miedo a los judíos y la pena por Jesús. A todo ello se añadía la vergüenza por mi traición. Yo que había prometido que moriría con él, lo había abandonado como el más miedoso de todos los Apóstoles. Me costaba volver y reconocer que le había fallado en el momento en que más nos necesitaba.

Sé que me buscaron pero nadie dio con mi escondite hasta que María se lo olió. Me conocía mucho mejor de lo que yo pensaba y sabía dónde se escondería un perrito asustado y miedoso como yo. Mandó a dos de nosotros a buscarme.

Allí estaba, aterrado y pálido. Dos días sin comer ni dormir me habían puesto al borde de mi resistencia. Me dijeron, sin más, que ella me necesitaba y sentí como un empujón en mi interior que me levantó inmediatamente de mi postración.

María adivinaba siempre lo que yo necesitaba, se olía lo que me pasaba en ese momento por la cabeza y el corazón, y me dio el remedio más oportuno: la esperanza.

Luego ya sabes la vergüenza que pasé delante de todos cuando Jesús volvió a aparecerse y me reprochó amablemente mi incredulidad. María me miraba y me pareció que se sentía orgullosa de mí. No importaba lo que hubiera hecho hasta ahora. Ya había vuelto a su hijo y

ahora me sentía feliz de haber sido rescatado por María: soy el primero de una larga cadena de pecadores por los que ella ha intercedido.

Aunque no sé si se puede hablar así, Jesús me quería más una vez que su madre me trajo de vuelta. Bueno Lucas, te has salido con la tuya, mucho ánimo con tu propósito y no dejes de escribir todos estos detalles que debe haber mucho golfo como yo al que le ayudará no escapar al buen olfato de María. Un abrazo muy fuerte,

Tomás

Capítulo 13

La voz de María

Carta de Gabriel

Querídisimo Lucas:

Quizá te sorprenda recibir una carta desde tan lejos pero las comunicaciones han mejorado mucho en muy poco tiempo. Los cambios son cada vez más rápidos. Yo estaba acostumbrado a hacer las cosas “al vuelo” pero ahora lo hace así todo el mundo.

La voz de María es una de las mejores maravillas del Señor. El Señor estuvo probando todo tipo de sonidos hasta que

dio con la melodía perfecta, el tono más suave y la vibración adecuada.

Cuando oyes a María todos los demás sonidos desaparecen o, mejor dicho, se integran en esa canción que son cada una de sus palabras. Me he encontrado a mí mismo repitiendo todo el día sus palabras y canturreándolas como si fueran una melodía pegadiza. Lo mejor de todo es que no acabas harto de esa tonadilla, como sucede con vuestras canciones. Cada vez es nueva y conocida, ilusionante y un poco melancólica, trae recuerdos y derrama esperanza.

María habla bajito pero se le oye siempre. Es una pena que haya desaparecido el arameo porque era la lengua perfecta para la voz de María. No maltrata las palabras cuando las usa. Vocaliza pero sin pedantería. Habla rápido pero no se pierde ni una de sus palabras. Se diría que las respeta y parece que las está besando cuando las dice. Eso se nota sobre todo cuando usa algún nombre.

Cualquier nombre en la boca de María suena a majestad, a infinitud, a eternidad, a la más alta dignidad. Cuando dice el mío me parece que es una mezcla de trueno y de amanecer, aunque parezca una cursilada. Es como una caricia de madre oír tu nombre dicho por ella. Ahora estoy convencido de que Gabriel es el mejor nombre para un arcángel, antes pensaba que sonaban mucho mejor Miguel o Rafael.

Sin embargo, hay un nombre que reluce sobre todos los demás y es que cuando María habla de Jesús, parece como si se hiciera el silencio y a la vez lo dijera todo en esa palabra. Su Jesús, con qué cariño habla de él, narra sus conversaciones o relata su infancia.

La voz de María da paz pero no adormece. Mantiene en vilo pero con el gozo de quien sabe ya el final de la historia. No es nada monótona. A María le encantan las poesías y todavía más cantar. Tiene una armonía su voz que parece facilísimo repetir sus canciones preferidas.

Le encantan las coplas de amor humano y las adapta para dedicárselas a su Padre y Señor. Sin embargo, donde más reluce su timbre de voz es en las nanas. Son tan tiernas que uno se hace pequeño escuchándolas y querría volver a la cuna para dormirse con ellas. Además, María tararea muchas veces los salmos, que se sabe de memoria. No te pienses que a María no se le escapa algún gallito de vez en cuando, pero es tan divertida y se pone tan roja, que hasta parece más joven y guapa.

En fin, que cada vez que María abre la boca nos regala sonidos que llenan el alma y el corazón de paz y levantan el ánimo de cualquiera, incluso de un arcángel alicaído.

Bueno Lucas, mucho ánimo con tu empeño y no tengas miedo de exagerar. Si logras hacerlo discretamente y sin que se dé cuenta, quizá podrías insertar un archivo sonoro en tu próxima biografía sobre María con alguna de sus canciones preferidas. Yo ya las tengo grabadas en el cerebro pero muchos nunca la han oído, ni lo harán si tú no haces algo por evitarlo. Un abrazo muy fuerte y volátil,

Gabriel

Capítulo 14

La belleza de María

Carta de José

Querídisimo Lucas:

A lo mejor te sorprende recibir una carta con este remitente. Me he enterado de que estabas intentando **que algunos conocidos te cuenten cosas de María** y no me he resistido a ponerte unas letras.

He tenido la suerte de conocer y disfrutar mucho de la Reina del Cielo y me siento en deuda con todos sus hijos.

He conseguido permiso de San Miguel Arcángel para hacértelas llegar a través de un amigo.

Quiero contarte algo que nunca antes he compartido con nadie. María es la criatura más hermosa del mundo, pero nadie parecía darse cuenta. Ni siquiera Joaquín o Ana, sus padres. Lógicamente su hija les parecía guapísima, pero como cualquier otra. Es lo que les pasa a todos los padres y es que a base de mirar algo con cariño terminas entusiasmado con ello, y más si es una hija y no te digo si es María.

Sin embargo, para mí, desde el primer día fue deslumbrante. Tanto que nunca soñé que podría ser mi esposa: seguro que todo el mundo la buscaría como el mejor regalo para su familia.

Cuando aparecía María, todo lo demás se volvía como borroso. No podía apartar mi mirada de ella. No era algo que se me imponía sino que acariciaba mi alma. La belleza de María era un susurro. No aplastaba sino que insinuaba una nobleza y bondad como nunca había pensado que existieran. Podía dejar de mirarla pero es que no quería. Mi corazón daba un vuelco y sentía ganas de cantar y de gritar al mismo tiempo.

Después de conocerla, durante varios días no conseguía dormir, mejor dicho, no me quería dormir. No soportaba la idea de que pudiera despertarme y que todo fuera una pesadilla. Lo increíble es que al día siguiente no tenía sueño sino más ganas de volver a verla.

Mi madre se dio cuenta enseguida de que me había enamorado pero yo lo negaba rotundamente. No me atrevía a enfrentarme a una posible negativa y por eso no daba el paso hacia adelante. Me temblaban las piernas solo de pensar en que pudiera decir que no. ¿Cómo iba a vivir el resto de mis días sin ella?

María era experta en ocultar su belleza. No la ostentaba. Era muy consciente de ella, pero era muy discreta. No le gustaba que la gente se refiriera a ella y siempre dirigía al Señor los halagos. Era Dios quien le había dado esa apariencia. Vestía con el gusto de una reina de Oriente. Sin embargo, su ropa era la propia de una muchacha de Nazaret. La llevaba con tal dignidad y tan limpia que ninguna mujer le era comparable.

Como te digo, querido Lucas, nadie parecía darse cuenta de lo que mis ojos no dejaban de contemplar: una obra maestra del Creador. Llegué a pensar por eso que el Señor solo me permitía verla tan bella a mí, porque yo sería su esposo, su guardián, su custodio. Cuando se lo pregunté a ella le entusiasmó la idea y me abrazó diciéndome que le había quitado un peso de encima. Que no podría pagarme lo bueno que era con ella. Yo no sabía ni qué decir. Era como una niña pequeña abriendo un regalo con la madurez de una madre que ha luchado sin parar para sacar adelante a sus hijos.

Su decisión de permanecer virgen me emocionó y me hizo darme cuenta de que estaba ante una mujer tan especial que era la más sencilla del mundo. Imagínate qué feliz me sentía de poder custodiar semejante tesoro. Yo me encontré dando botes de alegría porque Dios me regalaba a

la mejor mujer que nadie ha soñado jamás. Era su obra perfecta y yo podía cuidarla y quererla, y sobre todo, ella me amaba.

María era preciosa y sencilla, deslumbrante y cercana, impresionante y tierna, hermosísima y discreta, brillante y tenue. Estando ante la criatura más perfecta, no me sentía pequeño sino el hombre con más suerte del mundo.

Gracias Lucas por lo que vas a escribir y no tengas miedo de exagerar: no cabe ese peligro con María. Un abrazo fuerte,

José

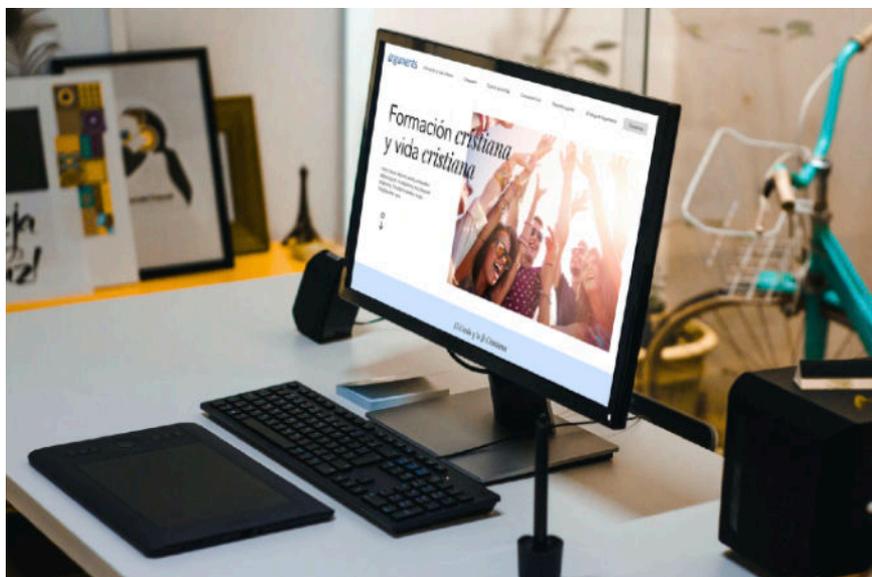
Acerca del autor



Queremos agradecer a [don Diego Zalbidea](#), el autor de estas «Cartas», su generosa cesión para su publicación y su difusión. Sin duda son un gran medio para acercarse a la Santísima Virgen, y de su mano, o mejor dicho, de su pluma, aprender a rezar y a hacernos un poco más a la idea de la suerte que tenemos de tenerla como Madre.

Ordenado sacerdote en 2009 en Roma. En la actualidad, Zalbidea es profesor de Derecho Patrimonial Canónico en la Facultad de Teología de la [Universidad de Navarra](#) y es capellán de distintas asociaciones juveniles.

Arguments Catequesis



Arguments Catequesis es una asociación dedicada a los recursos para la catequesis y las clases de religión en la que colaboran voluntarios.

En nuestra web puedes encontrar recursos para rezar (como el santo rosario en audio, hasta una guía de cómo hacer una buena confesión), recursos sobre liturgia, matrimonio y noviazgo, cultura de la vida, comunicar la fe, vocación... Todos gratuitos y a golpe de clic. Si te gusta nuestro trabajo y nuestros proyectos, puedes hacer un donativo a «Asociación Arguments» (CIF: G31931561), cuenta del Banco Santander ES37 0075 4732 7806 0009 4461 o a través de nuestra web).

